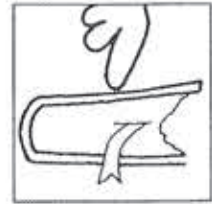


Documento 8: «UN TEXTO»



Educar es ayudar a las personas a que encuentren a sus vidas un sentido válido, rico, fecundo, creativo.

Cuando nos encontramos con personas que han vivido así, las consideramos como un regalo para todos los demás.

Bertrand Russell tuvo, además, la oportunidad de confidenciarnoslo. Os brindo la primera página de su autobiografía. Son tantas las personas que en cursillos, conferencias, Escuelas de Padres, me la han pedido que me parece puede ser útil a todos conocerla. Con el oro se pueden hacer piezas de filigrana o bloques macizos. Lo que importa es la calidad del oro. Un proyecto de vida así se podrá vivir de mil maneras diferentes, pero una vida así también yo creo que merece la pena vivirse.

Para lo que he vivido

(Bertrand Russell)

Tres pasiones simples pero abrumadoramente intensas han gobernado mi vida: el ansia de amor, la búsqueda del conocimiento y una insoportable piedad por el sufrimiento de la Humanidad. Estas tres pasiones, como grandes vendavales, me han llevado de acá para allá por una ruta cambiante, sobre un profundo océano de angustia, hasta el borde mismo de la desesperación.

He buscado el **amor** primero, porque comporta el éxtasis, un éxtasis tan grande que, a menudo, hubiera sacrificado el resto de mi existencia por unas horas de este gozo. Lo he buscado, en segundo lugar, porque alivia la soledad, esa terrible soledad en que una conciencia trémula se asoma al borde del mundo para otear el frío e insondable abismo sin vida. Lo he buscado, finalmente, porque en la unión del amor he visto, en una miniatura mística, la visión anticipada del cielo que han imaginado santos y poetas. Esto era lo que buscaba y, aunque pudiera parecer demasiado bueno para esta vida humana, eso es lo que - al fin - he hallado.

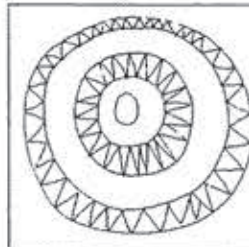
Con igual pasión he buscado el **conocimiento**. He deseado conocer el corazón de los hombres. He deseado saber por qué brillan las estrellas. Y he tratado de aprender al poder pitagórico en virtud del cual el número domina el flujo. Algo de esto he logrado, aunque no mucho.

El amor y el conocimiento, en la medida en que ambos eran posibles, me transportaban hacia el cielo. Pero siempre la **piedad** me hacía volver a la tierra. Resuena en mi corazón el eco de gritos de dolor. Niños hambrientos, víctimas torturadas por opresores, ancianos desvalidos, carga odiosa para sus hijos, y todo un mundo de soledad, pobreza y dolor convierten en una burla lo que debería ser la existencia humana. Deseo ardientemente aliviar el mal, pero no puedo y yo también sufro.

Esta ha sido mi vida. La he hallado digna de vivirse, y con gusto volvería a vivirla si se me ofreciese la oportunidad.

Autobiografía. 1872-1914.
Ed. Aguilar. 1968.

-ACTIVIDADES-



1ª La sesión puede empezar pidiendo a la gente que, tras un pequeño rato de reflexión (tan pequeño o largo como prefieran: sería mejor que fuese largo), escriban

cuáles son los tres valores preferentes en su vida real. Y que los jerarquicen de alguna manera.

2ª A continuación, entregarles el texto de Bertrand Russell y leerlo con el grupo.

3ª Reacciones espontáneas ante la confesión de Bertrand Russell.

4ª Volver a dar tiempo para la reflexión personal: pero ahora se trataría de soñar, por parejas, cuál sería el sentido de la vida que les gustaría a cada padre que tuvieran sus hijos: y redactarlo en una especie de documento íntimo: circunscribiéndose también a sólo tres valores y jerarquizados.

5ª Y si se quiere avanzar un poquito más, adelantar qué tendría que pasar en la vida de sus hijos para que esos tres fuesen sus valores elegidos.

6ª Pregunta para el debate y el comentario: La declaración de Bertrand Russell ¿es cristiana? ¿coincide con los valores del cristianismo? ¿Necesitaría alguien añadirle algo para que quedase más explícito su cristianismo?

NO BASTA VIVIR BIEN. HAY QUE VIVIR LO MEJOR POSIBLE.

TE LO DEBES A TI MISMO. SE LO DEBES A LOS DEMAS.

NO EXISTE NADIE QUE NO PUEDA VIVIR UN POQUITO MEJOR DE LO QUE VIVE.

MEJORANDO LO QUE DEPENDE DE EL: NO LO QUE DEPENDE DE LOS DEMAS

PORQUE VIVIR ES UN ARTE: EL ARTE DEL BIEN VIVIR.

AMAR, SABER Y SENTIR FORMAN PARTE DEL ARTE DEL BIEN VIVIR.



Documento 9: «MINI-CONFERENCIA»



No pocas veces las sombras nos ponen mucho más de relieve las zonas iluminadas. Pero es que, además, durante muchas generaciones se ha identificado, a nivel familiar, la educación religiosa con alguno de estos cinco equívocos. Por eso nos parece útil brindar un documento y una actividad del grupo para que cada pareja de padres se clarifique en lo que hace y en lo que pretende.

Por supuesto que esta actividad no tiene nada que hacer a las que no hacen nada. Sea por dejadez, por sentirse incapaces o por consigna premeditada.

5 posibles equívocos en la educación religiosa de un hijo

Y equívoco es lo que equivoca por ambiguo, por doble sentido, por modelos divergentes ... Deshacer el equívoco es paso previo. Pero pretender que todos los hagan en la misma dirección que uno puede volvernos a equivocar. Porque los equívocos se mantienen como tales cuando no quiere uno comprometerse con unos valores. Y se deshacen dando preferencia a una lectura (la que coincide con nuestra manera de valorar) sobre las otras. Pero no todos valoran como nosotros.

Los cinco equívocos

Primer equívoco

La educación religiosa pretende equiparar la fe a cumplir con la ley (o a cumplir la ley, que no sé si significa exactamente lo mismo).

Fue escuela de fariseísmo. Y Jesús, por denunciarla, lo pagó con su muerte. Y a lo largo de siglos ha sido escuela de nuevos fariseos que valoran más la letra de la ley que el espíritu de la misma ley.

Muchos cristianos siguen aferrados a la letra de los 10 mandamientos del Sinaí, haciendo caso omiso de las bienaventuranzas de Jesús y su mensaje sobre el Reino de Dios.

Segundo equívoco

La educación religiosa pretende equiparar la fe a acomodarse a una moral establecida de antemano.

Cuando el objetivo era: "con tal de no pecar ya está". Es la moral de los mínimos permitidos. Es la moral de "dígame lo que puedo o no puedo hacer, pero no me haga decidir en libertad y, encima, formar adecuadamente mi conciencia.

Tercer equívoco

La educación religiosa pretende equiparar la fe a un conjunto de contenidos doctrinales que hay que defender y que, de vez en cuando, más o menos sistematizados, se engloban con el nombre de "los dogmas".

Cuando la fe significa más "creer algo" que "creer en Alguien, fiarse de Alguien".

Es el dar preferencia a los dogmas y sus formulaciones sobre las personas y sus realidades. Es condenar a una adúltera porque la letra de la ley la condena. Pero el Maestro de Nazareth no sólo no la condenó sino que logró que nadie la condenase.

Cuarto equívoco

La educación religiosa pretende equiparar la fe a un esfuerzo constante (y hasta contabilizado) de acumulación de méritos personales.

Con una obsesión por todo lo que puede suponer un acumular méritos y gracia para la vida eterna. Y llegando a la afirmación cerril de que la misión de Jesús fue lograr que los hombres se salvaran en el más allá: cuando la proclama del Reino significa todo lo contrario: lo que importa no es sólo morir en gracia, sino vivir en misión de salvación: si el mensaje de Jesús no salva nuestra realidad histórica se queda sin lo más esperanzador y divino del mismo.

Quinto equívoco

La educación religiosa pretende equiparar la educación de la fe a las clases de religión que se dan en las escuelas y en los colegios.

Memorizando desde síntesis del dogma y moral (catecismos) hasta lecturas de la tradición y de la historia hasta símbolos más o menos fieles al mensaje.

Enseñando a rezar sin rezar, a bautizarse sin comprometerse (ni con contenidos ni con actitudes), a realizar ritos sin comprensión y participación activa en los mismos. Sin comunidades de pertenencia y sin testimonios personales de los que anuncian el mensaje.

Las alternativas creativas

Y, como hicieron en nuestra infancia, lo positivo se aprende oponiéndolo a lo negativo, como la alternativa creativa:

Primera alternativa:

Contra la letra de la ley: el espíritu del Reino.

Cuando el contenido y el espíritu de la ley es el amor sin límites en extensión, calidad, expresión, consecuencias ... cualquier equiparación entre fe y ley puede resultar equívoca. La ley que se puede elegir desde la libertad y que garantiza una mayor libertad, ésa sí va a ser el contenido de la fe.

Segunda alternativa:

Contra los mínimos permitidos: la opción solidaria por el bien común y los compromisos con el hacer la historia nuestra de cada día.

Bien que es común porque nunca pasa por el mal de nadie. Y que es común porque se logra entre todos, sin parásitos que se benefician, egoístamente, de la generosidad de los demás.

Tercera alternativa:

Contra puritanismos doctrinales: adhesión a la persona de Jesús y a la realización personal de sus valores y de su misión.

Madurando, progresivamente, en el compromiso que está en la base de toda la fe del cristiano: comprometerse a realizar la persona de Jesús, en sus sentimientos, en su trato con las personas, en su trato con Dios, en su visión del más acá y del más allá y en la pretensión de ser instrumento del Padre para organizar las relaciones humanas como Reino de Dios.

Cuarta alternativa:

Contra egoísmos seguros: admitir, agradecidos y humildes, la gratuidad de la salvación de Dios.

Porque no nos salvamos: nos salva Dios. Y no nos salvamos por nuestros méritos, sino por la generosidad de Dios. La gratuidad de nuestra salvación está en la base de nuestra fe.

Y por eso el lenguaje del cristianismo es el agradecimiento más que la súplica.

Quinta alternativa:

Contra erudición libresco: experiencias de evangelización.

Cultura que suponga conocimiento desde ha comprensión hasta la elección del proyecto cristiano como el propio proyecto de vida. Siendo engendradora en la cultura cristiana para seguir vitalizando la cultura cristiana.

Las posibles actividades

1. Pedir a un experto en educación familiar que desarrolle con los grupos una conferencia como la que se propone pero a su estilo.

2. Concretar, en pequeños grupos, los síntomas que emiten las familias que están actuando desde alguna de las hipótesis descritas: lo que dicen, lo que hacen, a lo que dan preferencia, lo que condenan ...

3. Concretar lo que tiene de positivo y lo que tiene de incorrecto cada uno de los equívocos. Y debatirlo dentro del grupo.

4. Convertir en slogans incisivos y a dos vertientes, cada uno de los equívocos: consiste en ... y se rechaza por ...

5. Lluvia de ideas para ir concretando cada una de las alternativas creativas.

(Para recogerlas y estructurarlas en una sesión posterior)

Documento 10: «RECETARIO»



Dejemos que los niños se expresen sobre la muerte

(En el documento 3 presentamos el caso de una niña de 5 años, Margarita, que se enfrentaba con la realidad de la muerte de su hermanita Ana, de tres años. Y prometíamos abordar este tema de una manera más activa y pragmática, casi a nivel de recetario familiar. En este documento cumplimos nuestra promesa).

Dos objetivos

Presentar a los padres un camino accesible para que los niños puedan hablar con ellos sobre la muerte.

Ayudar a que los padres logren una actitud correcta para lograr hablar con los hijos sencillamente sobre la muerte.

Un presupuesto

Es bueno que los niños hablen con los adultos sobre la muerte. Muchos adultos piensan que no: que la muerte no es un tema de niños. Pero es porque son ellos los que no se sienten cómodos al hablar con los niños sobre la muerte. No tienen respuestas para sus preguntas ingenuas.

Los mayores tenemos un montón de prevenciones, miedos no superados, imágenes estereotipadas, extrañísimos dogmas religiosos ... que, efectivamente, no son aptos para niños. (Ni para mayores, creo yo).

Pero precisamente por eso es necesario que dejemos a los niños expresarse sobre la muerte.

La muerte es un hecho de la vida

Visible. Descriptible. Que nos interroga. Para los niños es un acontecimiento. No uno más, por la especial repercusión que provoca en los mayores. Por el misterio con que se le rodea. Y porque no es bonita su apariencia.

Pero, sobre todo, lo que más les llama la atención, lo que predispone sus expectativas, es el hecho de que los mayores no les hablen nunca de la muerte. Y cuando ellos quieren hablar de lo que les pasa a los muertos, los mayores huyen del tema, se lo escamotean. Y, siempre, con nerviosismo, como si estuviesen haciendo algo censurable.

Los niños tienen una curiosidad mucho mayor de las que les dejamos expresar

Su curiosidad afecta a la misma palabra muerte (con sus variaciones), a sus causas, a sus efectos, a los protagonistas, a su repercusión en las personas que les son cercanas, a los ritos (familiares, civiles o religiosos) de acompañamiento.

Porque la muerte se hace presente en la vida de los hombres. Y las personas que, con una extraña concepción de la educación, dicen que el tema de la muerte debe alejarse de las mentalidades infantiles, ponen, para presidir la habitación de sus padres, y sobre el pecho de sus hijos, la imagen de un crucificado que, para los niños, es, ante todo, un Jesús muerto.

Y con no poca frecuencia algunas madres nos traen a sus hijos para que "les quitemos de la cabeza la obsesión de la

muerte". Esta anomalía (así la llaman ellas) se repite con frecuencia, sin edad definida, pero con más frecuencia entre los cinco y los 9 años. Estos niños tienen una ventaja sobre los demás: por lo menos les ponen en trance de hablar con un adulto, sencillamente, sobre la muerte de los hombres. ¿Qué les pasará a tantos niños para quienes el tema es tabú y les sigue perviviendo en su imaginación sin la menor explicación, sin la menor posibilidad de expresar la curiosidad, sus presentimientos, sus fantasías, a veces torturadoras ...?

Las circunstancias más apropiadas para conversar sobre la muerte

Por parte de los niños: las que hagan posible su expresión: preguntando, fabulando, comentando, evacuando sus sentimientos ...

Por parte de los adultos, las que puedan llamarse acompañarles en sus sentimientos, dialogar (en su lenguaje) sobre sus curiosidades, buscar juntos unas respuestas o unas hipótesis de respuesta. Y evitando cualquier transmisión de ansiedad, de estructuras ya hechas sobre la realidad del morir y sin presentar nunca como adquisiciones científicas cualquiera de las fabulaciones que nos representan la realidad del más allá.

Las circunstancias son óptimas cuando el diálogo surge de la espontaneidad de un solo niño que nos pregunta y quiere hablar con nosotros sobre el tema: entonces están conseguidas dos cosas: su interés y saber que existe esa confianza previa que hizo posible la pregunta. El educador sólo tiene que facilitar las posibilidades de expresión.

Hablando con un grupo de niños

A veces, en una tarde de domingo, tirados sobre la moqueta, mientras el papá semilee un periódico o semidormita el programa de televisión, surge entre el hijo y sus amigos la conversación: y entonces todo queda facilitado: si es estilo que adoptamos es el de escucharles, el de ponerse otra piedra de apoyo para que ellos puedan dar un nuevo paso ...

Ellos son los que, atropellándose en sus consideraciones y dando imagen a sus fantasías y sentimientos, irán haciendo progresar su concepción del hecho de la muerte. Y de vez en cuando harán preguntas al adulto. Y el adulto será muy sensato si tiene la habilidad de devolverles las preguntas y seguir escuchándoles atentamente.

Sin intentar nunca puntualizar "lo que es la realidad" de morir. En primer lugar porque nadie ha muerto y nadie sabe, de verdad, lo que es morir.

Pero, además, porque el objetivo no es aprovechar esas circunstancias para endosarles una clase de teología. Y mucho menos contagiarles nuestras posturas personales sobre la muerte.

El objetivo es que adopten una postura natural, espontánea como el ponerse el sol cada tarde en el horizonte. Y es extraordinariamente más alucinante escucharles expresarse sobre la muerte en esos términos, y asistir a la recreación de los mitos sobre el más allá en la boca a imaginación de unos niños que mantenerlos destinados a vivir, en su día, la tragedia de la

Educación religiosa en familia

muerte humana como un interrogante sin respuesta, como tragedia existencial o como angustia inmadura de quienes, ante la muerte de los seres queridos sólo saben reaccionar con el llanto desesperado o la culpabilidad tardía por lo que no hicimos por ellos mientras vivieron con nosotros.

Hacerles posible su creatividad y desahogo

Muchos niños se quedan callados y tristes cuando están preocupados por la muerte y otros no saben expresar su pena después de la muerte de un ser querido. O quedan atenazados por el miedo a que también sus papás se puedan morir en un accidente de coche como el que vieron en la televisión.

Llenos de rabia y de pánico algunos niños rehúsan la comunicación. Pero hay niños, la mayoría, que están deseando desahogarse. En estos casos no se debe atormentar al niño con preguntas, sino estimularles muy suavemente y con mucha naturalidad la conversación. Hablar de la muerte con un adulto puede aligerar su mente infantil y aminorar su pena.

Cuando animamos a los niños a compartir su pena con nosotros, les estamos haciendo pensar que creemos que lo que nos tienen que decir es importante. Una conversación con los niños sobre la muerte puede abrir la puerta a otros innumerables temas y puede ser la ocasión de enriquecer y modificar los estados de ánimo que les aprisionaban.

Por dónde suelen ir los niños, si se les deja hablar

Lo primero dan por supuesto que la muerte pertenece al mundo de la realidad. Aunque alguna vez fantasean si algunos no se estarán haciendo los muertos, como cuando ellos juegan.

También comprueban, aunque a veces con sorpresa, que la muerte produce una separación de algunas personas que ya nunca las volvemos a ver ni a tener con nosotros.

Y todos admiten enseguida que lo que queda aquí de la muerte no se mueve. Pero la mayoría los pone en el más allá moviéndose sin limitaciones y con una gran vitalidad en el más allá.

Comprueban que mueren personas de todas las edades. Y que eso de no volver a lo mejor es que no quieren volver.

Los niños no moralizan la muerte si algún adulto no se la moraliza. Y hoy día conocen infinitas maneras de morir. Aunque tanta ciencia ficción y tanta muerte ofrecida en la televisión, pero viendo vivir al protagonista al día siguiente en otra aventura les crea sus posibilidades de fantasear sobre el tema.

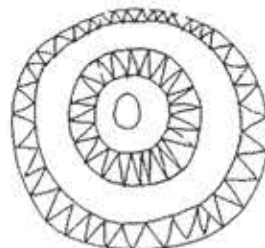
Y la riqueza de la vida que les otorgan es envidiable. Con mucha frecuencia les atribuyen las posibilidades que nunca aquí tuvieron o que ya no tenía. ("Qué bien que el abuelito se haya muerto: así ya no tendrá que andar en la silla de ruedas y podrá pasear por el cielo siempre que le apetezca").

Un minuto de filosofía

La humanidad ha necesitado siempre expresarse sobre la muerte. Los pueblos niños y los pueblos cultos han "mitificado" el más allá, han simbolizado de mil maneras "el viaje" de acceso al otro mundo o la partida de este mundo. Han ritualizado el acontecimiento de la muerte. Y han creado (o impuesto) los comportamientos que deben tener las personas allegadas al muerto.

Los niños son capaces de crear sus mitos, de imaginar, desde la realidad que ven hasta la realidad que configuran. Lo harán siempre de una manera ingenua, llena de colorido y, normalmente, desprovista de dramatismo. Lo malo es que ya no nos quedan casi niños: porque casi todos ellos reciben con el vocabulario básico, con nuestras reservas calculadas, con nuestras representaciones de la muerte, un bagaje tan condicionante que no pueden decirnos cómo vivirían y sentirían la realidad de la muerte de una manera incondicionada. Y somos, siempre, los mayores los que les condicionamos, en casa o en la tele.

Y no volvamos a decir que la muerte no es cosa de niños. Todavía aparecen más muertes que nacimientos en las películas que ellos ven en la televisión. El que tengamos conciencia de que nuestra manera de vivir la muerte no les es válida todavía no quiere decir que no nos puede ser válida a nosotros su manera de encontrarse con la muerte y el que nos cuenten las infinitas posibilidades de expresar sus presentimientos, sus deseos o sus certezas sobre el más allá.



— ACTIVIDADES —

1. Comunicación, en el grupo, de situaciones que se han vivido en cada familia y cómo las ha ido resolviendo cada uno:

— en la propia familia cuando los padres eran los pequeños.

— en la familia actual con sus propios hijos.

2. Imaginar variables a las anécdotas contadas por los padres: qué pasó y qué pasaría si hubiéramos hecho ...

3. Fabricar una especie de recetario para comunicar a unos hijos la muerte de una persona de la familia: qué decir / qué no decir / cuándo / cómo / quién.

4. El lenguaje (palabras y símbolos) sobre el más allá: idear unas actividades con los hijos para que ellos (según su edad) manifiesten sus reacciones ante las frases, los ritos, los símbolos que acompañan a la muerte y que ellos ven: colores, cantos, entierros, frases hechas ... Antes, el grupo, debería recapitular cuál es el "folklore significativo" que utiliza nuestra sociedad en torno a la muerte.